

4. IDENTIDAD CRISTIANA DE LA CARIDAD.

A) LA PRÁCTICA SAMARITANA.

B) LA INDEPENDENCIA POLÍTICA E IDEOLÓGICA.

C) LA GRATUIDAD PASTORAL.

APÉNDICE: IDENTIDAD SAMARITANA Y DIACONÍA



4. IDENTIDAD CRISTIANA DE LA CARIDAD

El Papa preocupado por la fuerte emergencia de las ongs y del protagonismo de la sociedad civil, por la pervivencia de prácticas no subsidiarias del Estado de Bienestar y por la entrada del ánimo de lucro en la gestión de la pobreza, propone a la Iglesia los rasgos cristianos que le deben dar perfil de identidad a toda la acción caritativa de la Iglesia. La cual debe favorecer la socialización de sus instituciones de caridad en los siguientes rasgos para que no se disuelvan en este inmenso mar del complejo sistema social, perdiendo capacidad de comunicación original y específica con la sociedad. Benedicto XVI lo expresa así: "Por tanto, es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?" (DCE 31)

Por nuestra parte vamos a comentar las tres señas de identidad que el Papa en la encíclica referida nos ofrece para que podamos contrastar la identidad cristiana de lo que hacemos en la acción diaconal. Estas señas son la práctica diaconal que se corresponde con lo mejor de la acción de una testigo de la caridad como Santa Teresa de Calcuta, la independencia política en un invitación del Papa a que con personalidad hagamos nuestro propio camino sin caer en la tentación de subir el tren oportunista de nadie y, finalmente, la gratuidad pastoral que es lo que hace que la acción diaconal sea expresión de un amor sublime y magnífica, capaz de reblandecer los corazón más endurecidos por lo injusto y violento de la vida.

A) LA PRÁCTICA SAMARITANA.

El primer elemento que constituye la esencia de la caridad cristiana y eclesial es la práctica samaritana. En efecto, el Papa recurre a esta parábola clásica de la acción diaconal cristiana para darle identidad a la caridad que se ejercita desde lo íntimo de la comunidad eclesial, porque lo samaritano forma parte de su consistencia maternal. Sus palabras exactas son las siguientes: "Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad

cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc." (DCE 31ª)

Todo cristiano que lea estas palabras del Papa se encontrará con una excelente definición de lo que en la jerga pastoral se ha denominado "atención primaria" para referirnos a la práctica diaconal más básica de la acción de caridad de la comunidad cristiana. Desde los préstamos de la cultura social, quizá demasiado "sanitaria", se la considera como "primaria" porque es el encuentro más inmediato del ministro de la caridad con las necesidades y los problemas más elementales de las personas pobres del entorno más inmediato del excluido

Sobre la práctica samaritana de la atención primaria recae la tradicional sospecha de paternalismo en el sentido que estas prestaciones asistenciales crean dependencia en los empobrecidos y, en consecuencia, refuerzan su marginación social. La mejor forma de resolver esta sospecha es con una cita de un autor marxista, que ve con claridad que "si alguien encuentra a un niño herido en una calle solitaria, sólo un monstruo moral puede plantearse la cuestión de las clases o, bien, pensar en los deberes del Estado: Al corazón de una religiosa desconocida que cuida a un niño enfermo e incurable, sólo un necio puede empequeñecerlo o sustituirlo (Machovec, A. Los marxistas y la causa de Jesús, Sígueme Salamanca, 1976, p. 113.)

Las prácticas samaritanas más tradicionales y habituales de las comunidades parroquiales son las ayudas en ropa, alimentos, alquileres de viviendas, pagos de recibos de electricidad, medicinas, etc. Forman una parte muy consistente y esplendorosa de la historia de la caridad de la Iglesia al servicio de los pobres y a las que no podemos renunciar porque hunden sus raíces en la misma sensibilidad evangélica operativa del samaritano que

*se acercó a él,
le vendó las heridas
echándoles aceite y vino;
luego lo montó en su propia cabalgadura,
lo llevó a una posada y
lo cuidó,
Al día siguiente sacó cuarenta duros y, dándoselos al posadero, le dijo:*

Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta (Lc 10,33-35).

La descripción detallada de todas las operaciones concretas que hace el samaritano no es otra cosa que efectuar "la respuesta (asistencial operacional) a una necesidad inmediata (la situación precaria y frágil de un herido) en una determinada situación (el asalto de unos bandidos)".

La segunda parte de la descripción de la seña de identidad no se puede separar de la primera en la que se define la naturaleza de la acción diaconal ya que dirige nuestra atención a la peculiar identidad del "destinatario". Se trata del pobre, pero desde la cualificación teológica y evangélica pertinente: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc.. Es una alusión directa a Mateo 25 donde se nos narra el juicio de las naciones. Pero en la misma encíclica el Papa nos refiere esta parábola en el marco más global del amor: "Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis (Mt 25,40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios " (DCE 15). La cultura social les pone nombre a todos ellos por medio de términos como "usurarios", "beneficiarios", incluso "clientes" que por mucho rigor técnico y científico que posean, en realidad esconden y no nos muestran el auténtico rostro humano de Dios manifestado en Jesucristo. La sabiduría samaritana, definida por el Benedicto XVI como "un corazón que ve" (DCE 31b) es la que nos permite mirar al pobre y ver en él a Jesucristo crucificado, por lo que "mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar" (DCE 15). Juan Pablo II ya había dicho que "esta página (Mt 25) no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia" (NMI 49).

b) Juan Pablo II vio que, además, el pobre no podía ser un sujeto pasivo y receptivo, sino que debía ser activo y creativo: "Igual que existe la responsabilidad colectiva de evitar la guerra, existe también la responsabilidad colectiva de promover el desarrollo.... Por esto hace falta un gran esfuerzo de comprensión recíproca, de conocimiento y sensibilización de las conciencias. He ahí la deseada cultura que hace aumentar la confianza en las potencialidades humanas del pobre y, por tanto, en su capacidad de

mejorar la propia condición mediante el trabajo y contribuir positivamente al bienestar económico. Sin embargo, para lograr esto, el pobre —individuo o nación— necesita que se le ofrezcan condiciones realmente asequibles." (CA 52).

Por tanto, la práctica samaritana no sólo es atención primaria sino que va resolviéndose como promoción social que significa reeducación personal e intervención social en la persona del excluido, ya que el pobre tiene que ser el sujeto agente de su propia inclusión social: "El desarrollo requiere sobre todo espíritu de iniciativa por parte de los mismos países que lo necesitan (SRS 81). Cada uno de ellos ha de actuar según sus propias responsabilidades, sin esperarlo todo de los países más favorecidos y actuando en colaboración con los que se encuentran en la misma situación. Cada uno debe descubrir y aprovechar lo mejor posible el espacio de su propia libertad. Cada uno debería llegar a ser capaz de iniciativas que respondan a las propias exigencias de la sociedad. Cada uno debería darse cuenta también de las necesidades reales, así como de los derechos y deberes a que tienen que hacer frente. El desarrollo de los pueblos comienza y encuentra su realización más adecuada en el compromiso de cada pueblo para su desarrollo, en colaboración con todos los demás." (SRS. 44).

b) La transformación social es también una perspectiva samaritana porque ya hemos aprendido que la pobreza es un producto social generado por la violencia y la explotación vigentes en el sistema social planetario: "No cabe duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón. De esta toma de conciencia nace la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. La Eucaristía, a través de la puesta en práctica de este compromiso, transforma en vida lo que ella significa en la celebración. Como he afirmado, la Iglesia no tiene como tarea propia emprender una batalla política para realizar la sociedad más justa posible; sin embargo, tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia. La Iglesia « debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar". (SC 89).

Este planteamiento estructural de la exclusión y de la pobreza conduce a que el laico que desee asumir esta condición samaritana, madure en su fe y

asuma la invitación de Juan Pablo II: "La caridad que ama y sirve a la persona no puede jamás ser separada de la justicia: una y otra, cada una a su modo, exigen el efectivo reconocimiento pleno de los derechos de la persona, a la que está ordenada la sociedad con todas sus estructuras e instituciones. Para animar cristianamente el orden temporal —en el sentido señalado de servir a la persona y a la sociedad— los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la «política»; es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común" (CHL 42)

Indicadores de que una comunidad realiza la práctica samaritana y contrasta su fidelidad a Cristo son que:

- a) se crea la diaconía parroquial como instrumento esencial para ejercer la diaconía samaritana al servicio concreto de los pobres del propio entorno social,
- b) se va siendo capaz en la comunidad cristiana de iniciar programas, proyectos y talleres de clara consistencia promocional reeducativa y social,
- c) el grupo diaconal madura y es capaz de analizar la realidad, enjuiciar críticamente los hechos, denunciar las injusticias y proponer alternativas eficaces, y
- d) la atención a los pobres deja de ser sectorial, pasa a ser transversal y acaba siendo nuclear en la familia, la comunidad y la conciencia individual.

B) LA INDEPENDENCIA POLÍTICA E IDEOLÓGICA.

Toda Diaconía, como hija efectiva de la Iglesia, debe asumir la realidad de ser autónoma e independiente de cualquier entidad que no sea la misma Iglesia. En términos sencillos podríamos decir que el grupo diaconal no debe desear otra cosa que ser como el grupo de catequesis de una parroquia, hasta el punto de que así como no se entiende que la catequesis esté en manos de un grupo de pedagogos adscritos a una escuela determinada con sus compromisos ideológicos y políticos, tampoco se puede entender que la

diaconía cristiana está en manos de trabajadores sociales pertenecientes a una corriente social determinada con sus compromisos políticos e ideológicos.

El Papa desde este sentido de pertenencia eclesial de la acción de caritas, como segunda seña de identidad nos propone que "la actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita". (DCE 31b) | Papa critica a las vigentes filosofías del progreso que nacieron en el siglo XIX :

En primer lugar considera la teoría marxista del empobrecimiento que considera que la práctica de la caridad es perversa para los intereses de los pobres porque cuando les asiste caritativamente, lo único que hace es frenar el potencial revolucionario de los pobres y apoyar los intereses de quienes mantienen un sistema social conservador injusto, al hacerlo no tan insoportable. Pero en realidad lo que sucede es que "el hombre que vive en el presente es sacrificado al Moloc del futuro, un futuro cuya efectiva realización resulta por lo menos dudosa". Esta matriz teórica es la madre de la consideración del Estado y sus partidos políticos como agencia suficiente de la producción del bienestar y desde su omnipotencia estatista pretende intervenir en todo el espacio social, hasta que la verdad de la economía le hace volver a la realidad y reforma sus posiciones asumiendo políticas sociales más liberalizadas y privatizadas, sobre todo, cuando el gasto público pone en peligro la estabilidad del sistema social. No obstante, al Estado le cuesta mucho asumir la subsidiariedad y pretende fagocitar la acción social para obtener beneficios en la credibilidad política de cara a la mercadotecnia del voto que es lo decisivo en la democracia considerada como ejercicio del poder.

De ahí que la Doctrina Social de la Iglesia nos recomiende la recuperación de la subsidiariedad: "En los últimos años ha tenido lugar una vasta ampliación de ese tipo de intervención, que ha llegado a constituir en cierto modo un Estado de índole nueva: el «Estado del bienestar». Esta evolución se ha dado en algunos Estados para responder de manera más adecuada a muchas necesidades y carencias tratando de remediar formas de pobreza y de privación indignas de la persona humana. No obstante, no han faltado excesos y abusos que, especialmente en los años más recientes, han provocado duras críticas a ese Estado del bienestar, calificado como «Estado asistencial».

Deficiencias y abusos del mismo derivan de una inadecuada comprensión de los deberes propios del Estado. En este ámbito también debe ser respetado el principio de subsidiariedad. Una estructura social de orden superior no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándola de sus competencias, sino que más bien debe sostenerla en caso de necesidad y ayudarla a coordinar su acción con la de los demás componentes sociales, con miras al bien común" (CA 48). La diaconía cristiana local no puede ser una delegación de los servicios sociales municipales. Su única fidelidad y pertenencia es la comunidad parroquial, sin menoscabo de que es necesaria la colaboración.

En segundo lugar, la independencia es una realidad que afecta a la diaconía eclesial en relación a la incorporación del Mercado y de sus empresas a la lucha contra la pobreza. Hoy las grandes empresas mercantiles han creado sus propias fundaciones y ongs., como instrumentos para participar en la lucha contra la exclusión social. Es una nueva y esperanzadora oportunidad para los pobres. Están apareciendo en este mundo del mercado iniciativas muy sorprendentes como la responsabilidad social corporativa de las empresas, los fondos de valores éticos, el marketing solidario, las empresas con corazón. No obstante, la naturaleza mercantil que soporta estos procedimientos sociales sigue siendo el ánimo de lucro, la ley de la oferta y de la demanda y siempre queda la sospecha de que nos encontramos ante una excelente operación de marketing interesado con la solidaridad hacia los excluidos. Estamos viendo como las grandes empresas del sector industrial están desembarcando en el sector servicios y haciéndose cargo de servicios de bienestar social desde su connatural afán de lucro. Su presencia en el mundo de los ancianos es cada vez más importante y decisiva. Esa deseable "tarta" que es la Ley de la Dependencia, supone que van a entrar quedarse con las porciones económicas más rentables de la misma

Juan Pablo II, no sólo criticó los mecanismos del Estado del Bienestar por su asistencialismo, sino que también le puso límites a la prepotencia de la globalización del mercantilismo capitalista: "He ahí un nuevo límite del mercado: existen necesidades colectivas y cualitativas que no pueden ser satisfechas mediante sus mecanismos; hay exigencias humanas importantes que escapan a su lógica; hay bienes que, por su naturaleza, no se pueden ni se deben vender o comprar. Ciertamente, los mecanismos de mercado ofrecen ventajas seguras; ayudan, entre otras cosas, a utilizar mejor los recursos; favorecen el intercambio de los productos y, sobre todo, dan la primacía a la

voluntad y a las preferencias de la persona, que, en el contrato, se confrontan con las de otras personas. No obstante, conllevan el riesgo de una «idolatría» del mercado, que ignora la existencia de bienes que, por su naturaleza, no son ni pueden ser simples mercancías" (CA 40). La Diaconía cristiana no puede ser una satélite de un banco o de una empresa que le concede subvenciones por acreditarse ante los vecinos del barrio para hacerlos sus clientes.

En tercer lugar, hemos visto el gran desarrollo de las Ongs, que han nacido de la mejor tradición compasiva de la Sociedad Civil, constituyendo el llamado Tercer Sector como agencia de bienestar social. Su origen, algunos lo ven en la decepción de muchos jóvenes respecto de los partidos políticos que se han mostrado incapaces de facilitar la participación libre y desinteresada en la lucha contra la exclusión. El Papa lo reconoce: "...También se han formado en este contexto múltiples organizaciones con objetivos caritativos o filantrópicos, que se esfuerzan por lograr soluciones satisfactorias desde el punto de vista humanitario a los problemas sociales y políticos existentes. Un fenómeno importante de nuestro tiempo es el nacimiento y difusión de muchas formas de voluntariado que se hacen cargo de múltiples servicios" (DCE 30b). La Diaconía eclesial no puede ser un apéndice de una Ong o una plataforma que puede tener una dimensión incluso multinacional.

El Papa invita a la colaboración y coordinación con ellas: Las entidades eclesiales, con la transparencia en su gestión y la fidelidad al deber de testimoniar el amor, podrán animar cristianamente también a las instituciones civiles, favoreciendo una coordinación mutua que seguramente ayudará a la eficacia del servicio caritativo (DCE 30b), pero manteniendo la independencia y la propia identidad: es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes (DCE 31)

Señales prácticas de independencia y personalidad propia se pueden observar cuando:

a) por lo menos el 51% de los fondos económicos con los financiamos los gastos del servicio diaconal de caridad son claramente eclesiales,

b) no nos prestamos a competir, pagando salarios de hambre, con otras ongs o entidades con ánimo de lucro en el proceso privatizador de los servicios que nos envuelve,

c) somos capaces de ser críticos con aquellos que pretenden "comprar" con subvenciones la legitimación injustificada de políticas sociales, y

d) nos abrimos, desde la independencia, a trabajar en red con todas las agencias de bienestar social que hay en el sistema social: el estado, el mercado y la sociedad civil.

C) LA GRATUIDAD PASTORAL.

Cuando los cristianos que habitan la red eclesial diaconal comprueban que las comunidades son capaces de vivir y de transmitir unas relaciones internas de gratuidad y generosidad, se verán en la necesidad de asumir en su intimidad grupal este valor cristiano decisivo. Ahora bien, si la comunidad eclesial se deja llevar por los valores dominantes de la sociedad de consumo, identificados con el interés, al ánimo de lucro, la competitividad, el egoísmo, será este bagaje ético el que asumirán en su interior. Hace falta una referencia permanente a la comunidad-madre evangélica para mantenerse en la identidad.

El Papa en su encíclica indicará, en consecuencia, como tercera señal de identidad específica de la práctica samaritana el que "la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se

hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar". (DCE 31).

Aquí tenemos otro rasgo esencial que le da perfil específico a la caridad cristiana: la gratuidad que tiene una seria base evangélica ya que es la propia Palabra de Dios quien nos dice: *Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis. No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento.* (Mt 10, 8-10) Y el apóstol Pablo dirá: *A uno que hace su trabajo, el salario no le vale como gratificación, sino como algo debido; en cambio, a uno que no lo hace, pero se fía de aquel que rehabilita al culpable, esa fe le vale la rehabilitación* (Rm 4,4-6)

La práctica samaritana empieza con la comprensión lúcida de que la diaconía a favor de los pobres es un encargo recibido de Dios por medio de la Iglesia, por tanto no se trata de algo que se vive como patrimonio propio o propiedad privada o patrimonio propia: *Como el Padre me ha enviado, así os envío yo también* (Jn 20,21). Lo que lleva entre manos el ministro de la caridad, sus saberes, sus técnicas, sus habilidades, su mismo éxito, no son "cosa" suya sino del mismo Dios. "El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar" (DCE 31c)

Se trata de evitar la dinámica bancaria de invertir en caridad para que se produzcan beneficios en la evangelización y sacramentalización. No podemos comprar prosélitos con bolsas de alimentos. Dios Padre nos ha dado lo mejor que tenía, su propio Hijo, sin tener en cuenta nuestros pecados y deméritos, a cambio de nada; porque nos quiere desinteresadamente, sin condiciones, por ser sus mismas criaturas. Sería lamentable que nos sucediese algo parecido a esta 'oportunidad catequética laica': "Un nutrido grupo de inmigrantes ha denunciado a una de las ONG que colaboran con la Subdelegación del Gobierno en el proceso de regulación aprobado el pasado 25 de abril que en el sindicato ... de ... les exigen la afiliación a cambio de tramitarles los permisos de residencia y trabajo en aplicación de reciente acuerdo". El máximo responsable "negó de forma rotunda este extremo si bien admitió que a los inmigrantes que llegan a la sede ... se les explica ... qué papel juega socialmente el sindicato y que ... es una organización que se sustenta con los

afiliados ... en estos casos no está de más que se les sugiera que se afilien ... entregamos un libretto de divulgación del sindicato..." (Diario La Verdad, miércoles 9 de mayo de 2001, p.10).

Frente a la lógica prometeica actual en la que todo es el resultado de las "ilimitadas" capacidades del hombre, la gracia nos invita a vivir la lógica del don: la vida y la muerte, la historia y la tradición, nacer y estar en el Norte o en el Sur, los valores y derechos objetivos, la familia y los vecinos y, sobre todo, la salvación por efecto de la Pascua de Jesús, todo nos viene dado. Por lo que no todo es objeto de conquista. Es verdad que hay que ofrecer más que pedir, pero es muy importante saber "recibir" y hacerlo crítica pero agradecidamente y con creatividad. "No fue, pues, casualidad que en plena revolución francesa, un año después de la destitución de Dios en Notre Dame de París (1793) el revolucionario Antoine de Condorcet, en su "Esbozo de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano" (1793), proclamase la superación de la muerte o -cuando menos- su dilación como objetivo último de la medicina. El propio Condorcet murió ese mismo año, precisamente en una de las cárceles de la revolución". (Küng, H. Vida eterna? Cristiandad. Madrid. 1983. p.26.

Señales de que la acción caritativa es gratuita e incondicionada la podemos observar cuando:

- a) la prestación que se hace a los pobres de una comunidad parroquial no conlleva la condición de que se asista a la catequesis o a la celebración de la misa,
- b) la ayuda que se hace no se tiene que usar para tener unos 'clientes' fijos a los que se atiende y, a cambio, sirven para calmar el malestar de la conciencia burguesa,
- c) no se "juega" a aquel marketing solidario que convierte el servicio samaritano en estrategias y técnicas mercantilistas, y
- d) se tiene la conciencia lúcida de que quien cambia las cosas en la acción de caridad es la voluntad y la acción pastoral, pero, sobre todo, el Espíritu Santo.

CONCLUSIÓN

Cuando se establece un perfil de identidad se hace con la finalidad de que las personas y las instituciones se sientan serenamente en posesión de unos referentes que le den seguridad y fortaleza en un mundo pluralizado en el que permanentemente está acechando la duda respecto de la propia identidad y las propias convicciones porque puede ser más cierto que el otro, vecino y contiguo, tenga parte o sencillamente más verdad que la de uno mismo. "Lo dado por supuesto" en el depósito de sentido propio permanentemente está expuesto a la sospecha. Por todo lo cual se necesita una confianza importante en la propia identidad para no estar permanentemente "mariposeando" en el gran mercado global de los depósitos de sentido que dan identidad.

Tampoco podemos caer en la obsesión identitaria que en realidad es una respuesta desproporcionada a la debilidad de las propias convicciones y a la fragilidad de la propia identidad. Normalmente esta actitud acaba en el fundamentalismo y en el encastillamiento desde la convicción y el miedo de sentirse acosado constantemente por el pluralismo y su evidente capacidad de relativización y frivolidad de todo depósito de sentido e identidad.

Los ministros de la caridad han de sentirse sosegadamente acogidos y acompañados por la certeza de una fe que se fía de que Cristo fue enviado por el Padre a *evangelizar a los pobres, a levantar a los oprimidos* (Lc 4,18), *para buscar y salvar lo que estaba perdido* (Lc19,18); así también, la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza por remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo (LG 8c)

APENDICE: IDENTIDAD SAMARITANA Y DIACONÍA DE LA CARIDAD (esse et agere).

La identidad cristiana de la diaconía de la caridad la podemos establecer considerando el principio fundamental de la antropología cristiana en virtud de la cual la acción del hombre (agere) es siempre consecuencia de la identidad de tal hombre (esse). Si este hombre tiene identidad cristiana la consistencia de su acción diaconal es que ella misma sería cristiana. Esta relación es interactiva y podemos decir también que la práctica diaconal, a su vez, tiene como consecuencia la configuración de una identidad cristiana samaritana

Si el ministro de la caridad se considera así mismo (esse) un auténtico samaritano, libre de compromisos ideológicos e identificado con Jesús, si le mueve un amor de gratuidad tenemos todas las garantías de que su acción diaconal (agere) va a ser samaritana independiente y gratuita.

Desde la otra parte del binomio, desde la acción (agere), podemos decir lo mismo. Toda práctica diaconal de caridad efectuada con sentido samaritano, con libertad de compromisos ideológicos o políticos y desde la más exquisita gratuidad va configurando una identidad cristiana (esse) samaritana, independiente y desinteresada.

Tanto la identidad como la acción diaconal están una relación retroalimentaría y se construyen mutuamente dentro del marco necesario de la comunidad eclesial.

1. Presentación del problema

Esta relación además de estar ubicada en el referido contexto eclesial, debe situarse también en el marco fundamental del proceso de evangelización en el que se tiene que insertar y del que forma parte.

La cultura pastoral ya tiene asumido que el proceso evangelizador incluye la acción litúrgica, la acción catequética y la acción diaconal y las tres dinámicas son esenciales: "La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los

Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia" (DCE 25)

1. La relación fe creída-caridad practicada

Ahora bien, de cara a perfilar la identidad no podemos perder de vista que la fe cristiana específica es la que le proporciona identidad específica a la caridad. Es una obviedad que la solidaridad laica o la piedad islámica, reciben su identidad, como prácticas concretas de acción, de las creencias específicas de las que nacen.

En este sentido necesitamos relacionar adecuadamente el elemento noético de la fe con el elemento práctico de la misma, sin dar preeminencia a un elemento sobre el otro como hemos visto. El elemento noético de la fe cristiana es el que da el sentido último y definitivo a la acción diaconal cristiana y el elemento práctico samaritano pasará a ser la necesaria consecuencia verificativa del sentido de la fe en la conducta caritativa del creyente.

San Pablo lo vio con mucha claridad cuando afirmó con libertad y rotundidad: *Por nuestra parte, la anhelada rehabilitación la esperamos de la fe por la acción del Espíritu, pues como cristianos da lo mismo estar circundado o no estarlo; lo que vale es una fe que se traduce en amor (Gál 5,6)*. La identidad del cristiano por el Bautismo se ha visto liberada de las adherencias mosaicas, y es la fe en la muerte y resurrección de Jesús lo que configura el ser del cristiano y eso mismo es lo que se traduce en amor. Un amor específico que le fue encomendado por el Concilio de Jerusalén y que él lo verificó al organizar las colectas para los pobres de la comunidad primitiva de Jerusalén. En efecto, en aquella asamblea le tocó contrastar la ortodoxia de la fe que predicada ante Santiago, Pedro y Juan. Ellos acreditaron la verdad de su mensaje, aceptaron la distribución de la misión: Pablo y Bernabé a los paganos y Santiago, Pedro y Juan a los judíos, pero además nos dice el Apóstol: *Sólo nos pidieron que nos acordásemos de los pobres de allí, y eso en concreto lo tomé muy a pecho (Gál 2,10)*. Lo tomó tan pe echo que organizó la primera gran experiencia eclesial de comunicación cristiana de bienes

A las formas y modos de acción pastoral pertenecen tanto la verdad noética y doctrinal anunciada en la fe como la acción conductual y pastoral de la fe, a los contenidos de la evangelización pertenecen tanto el sentido trascendente y sobrenatural de la fe y la realización histórica y social concreta de la caridad. Ambos pares de conceptos remiten al problema más general de la relación entre fe y praxis cristiana en el proceso de evangelización.

Lo creído (mensaje)-----trascendencia-----fe
Lo servido (diaconía).....historia.....caridad

El problema de esta relación se produce cuando se le da preferencia a uno de los elementos de la relación sobre el otro. En el Nuevo Testamento podemos observar que ambas dimensiones se dan intrínsecamente unidas para que haya auténtica evangelización y diaconía cristiana.

Si se parte de la dualidad irreconciliable de los dos elementos se cae en un intelectualismo ocioso y pasivo o en un activismo sin trascendencia y gratuidad. Es necesario clarificar la dialéctica que determina la forma de relación entre ambos elementos: El momento de fe, puede ser considerado como el sentido último de la praxis diaconal, y ésta última como el quehacer operativo e histórico del sentido en el que se cree y confía, es decir, la fe como esperanza incondicional en el Padre de Jesús y en su Reinado realizado y la praxis diaconal como el testimonio del proceso de construcción del Reinado de Dios.

2. La clave cristológica

No obstante, el criterio clave para clarificar la dialéctica relacional entre lo creído en la fe y lo realizado en la caridad lo hemos de buscar en el mismo Jesucristo.

Jesús no se predicó a sí mismo, no hizo de su persona, ni de su existencia el centro de su misión. Lo que le da centralidad a su identidad y a su misión es el Reinado de Dios como expresión de la voluntad salvadora de Dios Padre. Es decir, el último horizonte referencial de Jesús no es simplemente Dios, lo cual daría preferencia a la fe, ni tampoco el Reinado, que daría preferencia a la praxis. Desde el comienzo de la vida de Jesús lo que constituye su referencia por antonomasia es la realidad una e integradora del Reinado de Dios.



Formalmente esto significa que el factor trascendente y sobrenatural y el factor histórico y social de su predicación y de su acción están unidos desde el comienzo y toda intento de separación o de reducción de uno a otro, no le hacen justicia a la verdad de la relación

Si lo que Jesús anuncia en su predicación es el amor de Dios, lo que tenemos es la realidad de un Dios en quien el hombre puede confiar y esperar, si lo que Jesús denuncia en sus controversias es el legalismo de quienes han hecho un Dios alejado de la misericordia, el contenido de lo predicado por Jesús en las parábolas sólo será creíble si lo acompañan los hechos y los prodigios de amor.

Por otra parte, los hechos y los prodigios de Jesús reclaman la predicación y las parábolas. Sus curaciones, milagros, exorcismos, sus gestos proféticos comiendo con los pobres, salvando barreras sociales y culturales, su denuncia del templo, son acciones que legitiman una predicación sobre un Dios salvador y lo que exigen es una referencia explícita a Jesús: bien expresada en una oración de acción de gracias: *El, conociendo sus pensamientos, les dijo: « Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no podrá subsistir. Si Satanás expulsa a Satanás, contra sí mismo está dividido: ¿cómo, pues, va a subsistir su reino? Y si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por eso, ellos serán vuestros jueces. Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios. « O, ¿cómo puede uno entrar en la casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte? Entonces podrá saquear su casa. «El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama (Mt 12,25-30), bien en una oración de búsqueda y aceptación: *Toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dice: « Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad» Y adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: « ¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú. » (Mc 14,34-36)**

Las dos dimensiones son materialmente distintas, en el anuncio de la fe se usa la palabra, en la acción de caridad se utiliza la práctica conductual y en ambos casos estamos ante canales de comunicación del mensaje evangelizador de salvación. El Reinado de Paz y de Justicia que es la

implantación del señorío del amor de Dios, en su dualidad de trascendencia e historia, de anuncio y de acción, de fe y de praxis es la unidad integradora del ser y del actuar de Jesús, de la identidad y misión de Cristo.

3. La clave eclesiológica

Después de la resurrección de Cristo, cuando propiamente aparece la Iglesia con Pentecostés,, todos los escritos del Nuevo Testamento dan testimonio de que a la realidad cristiana le compete, tanto el momento de la fe creída como el momento de praxis de amor diaconal.

La teología de Juan es la que mejor nos puede ayuda para comprender la relación mutua de ambas dimensiones porque aborda las cosas desde el amor.

Juan afirma con rotundidad definitiva que *"Dios es amor"* (1Jn 4.1-8), que ese amor lo ha mostrado históricamente enviando a su Hijo para la salvación del mundo (1Jn 4,10; Jn 3,16), y que ese amor es gratuito, previo a toda acción del hombre (1Jn 4,10). Se da aquí el momento de "Fe", de captar el sentido de la existencia y de la historia como algo positivo a partir del amor de Dios.

Pero Juan continúa con una afirmación que tomada en su radicalidad es sorprendente: *"si Dios amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros"* (1Jn 4,11). Con esto quiere decir Juan que la forma correcta de responder al amor de Dios es amando a los hermanos; cuando el Dios en quien se cree es un Dios de amor, la forma correcta de corresponderle en la evidente interrelación es con la praxis del amor que le dará consistencia operacional a lo creído en el momento de fe.

Juan habla también del amor a Dios -expresión de la fe- pero lo original suyo consiste en identificar que la relación con Dios y con los hombres es la misma, si su consistencia es el amor.

Si 'creemos' que Dios es amor, la acción práctica vital correspondiente en la convivencia humana no puede ser el odio, la violencia y la explotación, sino el amor, la paz y la justicia. Por otra parte, la praxis del amor es la que sostiene la fe: *"en esto sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos"* (1Jn 3,14) ; y es la negación de la praxis del amor lo que impide la fe: *"la condenación está que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas"* (Jn 3,19)

Para Juan la fe es la gratuidad de saberse amados por Dios y de ahí se deriva, en primer lugar la praxis del amor a los hermanos y, por otra parte, los que aman a los hermanos, los que hacen las buenas prácticas, pasan de las tinieblas a la luz. Es una inmensa insensatez separar o dar preeminencia a la fe sobre la caridad.

Así lo ha visto Juan Pablo II: "Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como « en su casa ». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*" (NMI 50).

Benedicto XVI, por su parte nos dice: "La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo" (DCE 39).

La evangelización en cuanto de comunicación de la buena nueva no se puede dar sin la fe y sin la caridad, otra cosa es cómo se articulan ambos factores considerando el emisor y el receptor. Entramos en los caminos de la misión. No se puede privilegiar lo doctrinal, lo noético, lo verbal frente a lo prático, conductual y operacional.

BIBLIOGRAFIA

- Benedicto XVI. DEUS CARITAS EST. 15, 31
- Benedicto XVI. SACRAMENTUM CARITATIS. 89
- Juan Pablo II. CENTESSIMUS ANNUS. 40, 48, 52
- Juan Pablo II. SOLLICITIUDO REI SOCIALIS 44
- Juan Pablo II CRISTIFIDELES LAICI. 42
- Juan Pablo II NOVO MILLENNIO INEUNTE. 49

ANTONI ESTEVE I SEVA

